

1981: un año de depresión y endeudamiento para América Latina

por Alfredo VAZQUEZ CARRIZOSA, corresponsal en Colombia

América Latina, por su estructura dependiente de otras áreas capitalistas, es el continente periférico de que ha hablado Raúl Prebisch y recibe, forzosamente, el impacto de condiciones de las metrópolis. Europa y los Estados Unidos se hallan en plena recesión, con las cifras más altas de desempleo y con planes de contingencia en Francia y Gran Bretaña para buscarle salida a dos naciones en crisis.

Estados Unidos, la primera fortaleza capitalista del mundo, se encuentra sometida a la prueba del "shock" de los monetaristas de la escuela neo-liberal de Chicago, con las más grandes reducciones en el presupuesto federal de toda su historia. Aun así, las perspectivas para 1982 son inciertas dentro de una política de la administración Reagan, que busca combinar la reducción del gasto social con el aumento desproporcionado de los gastos militares para los nuevos misiles, el avión que escapa a los radares y la bomba de neutrones.

El más sincero, aunque más imprudente de los funcionarios del gobierno de Reagan, fue el ordenador del presupuesto cuando en una entrevista publicada en *Atlantic Monthly*, el señor Stockman reveló paladinamente que, él mismo, no comprendía las cifras de su propio presupuesto. Y, en esas condiciones, el énfasis está en las inversiones del capital privado de las compañías multinacionales en el mundo en vez del capital público y de los "préstamos blandos" del Banco Mundial, que su nuevo director declara en dificultades para el inmediato futuro.

LAS CONSECUENCIAS DE UN CAPITALISMO DEPENDIENTE

Es cierto que, en 1981, hubo la reunión del diálogo Norte-Sur en Cancún. Como lo anotó Willy Brandt, en *The Economist* de Londres, los progresos alcanzados pueden medirse en milímetros. En medio de la cordialidad reinante entre los dirigentes de los veintiún países invitados, es todavía incierto cómo se adelantarán las llamadas "negociaciones globales". Hay más. No puede haber unidad de acción entre los grandes países industriales, mientras los Estados Unidos persisten en mantener los altos intereses que Europa soporta de mala gana y la obligan a nivelarse en la misma forma para detener la emigración de los negocios hacia la meca del capitalismo.

La política del petróleo, como todos lo apreciamos, es un factor positivo de endeudamiento para los países que no cuentan con reservas suficientes con el fin de atender las necesidades del consumo interno. Para América Latina es un elemento de descompensación notoria del cual tan sólo escapan México y Venezuela. La creación de una filial energética del Banco Mundial para canalizar créditos destinados a los países en desarrollo y financiar sus necesidades energéticas, tampoco se ha convertido en una realidad.

En ese contexto, América Latina soporta por igual las malas condiciones del capitalismo y las situaciones dependientes del subdesarrollo. Las evaluaciones de la Comisión Económica para la América Latina, (CEPAL), correspondientes a 1981, indican que el crecimiento económico de la región en ese período fue sólo de 1.2 por ciento —uno de los más bajos en muchísimos años—, inferior al 5.8 por ciento de 1980. Con una tasa media inflacionaria del 60 por ciento —una de las más altas y sólo superada en 1976— el resultado en términos globales es el siguiente:

Déficit de la cuenta corriente de la balanza de pagos en 1981: 33.700 millones de dólares.

Total del endeudamiento externo para 1981: 240 mil millones de dólares.

Pérdida en los términos de intercambio de los países de la región con relación a 1980: 10,000 millones de dólares.

PAIS POR PAIS

Hay un deterioro general en las condiciones económicas de América Latina que se traduce en una disminución real de los salarios por el efecto de las altas tasas de inflación, que asumieron en algunos países cifras astronómicas. Sin duda, la

nación más agudamente afectada por sus malas condiciones internas fue la Argentina, donde asistimos a la quiebra de la gestión del gobierno militar, reducida a un completo fracaso.

Con un desempleo del 5.5 por ciento y una deuda externa de 30,000 millones de dólares, el peso argentino sufrió devaluaciones del 500 por ciento, lo que deja muy atrás todas las comparaciones útiles de las devaluaciones constantes de las monedas latinoamericanas. Cuesta trabajo comprender que, de enero a noviembre, el peso argentino sufrió una baja sensacional en los tableros de los cambios internacionales con 2,000 por dólar en la primera parte del año y 15,000 en noviembre. Las quiebras de empresas y de negocios explican el afán del gobierno militar para designar una mayoría de ministros civiles en el gabinete del presidente Galtieri. Es preciso endosar a éstos la bancarrota nacional.

En Chile, la dictadura del general Pinochet tampoco presenta cifras halagadoras. Pese a las fuertes restricciones de salarios, la CEPAL advierte el comienzo de una recesión y la quiebra de empresas, con alta desocupación. La deuda pública aumentó a 15,250 millones de dólares siendo de 11,000 en el período anterior. El déficit de la balanza comercial será de 2,700 millones de dólares para 1981. Las exportaciones del cobre y de los productos mineros en general tuvieron una caída del 22.4 por ciento.

En Uruguay, el gobierno militar sostiene que los males resultados económicos del año son un reflejo de las situaciones contempladas en los países vecinos, especialmente Argentina y Brasil. Pasando a otro grupo de países, el Brasil lucha contra la recesión y, por supuesto, la inflación, que alcanzó la tasa del 100 por ciento en el año. Hay conciencia en el país carioca de que el sistema que venía progresando en el último decenio entró en crisis y será necesario lograr un nuevo "despegue" de la economía.

Venezuela, país potencialmente rico y uno de los primeros exportadores de petróleo, padece la mala gestión económica del gobierno con una inflación del 23 por ciento en 1980, reducida al 16 por ciento en el año que termina. Aún así, la incertidumbre es general sobre las perspectivas de 1982. La oposición habla de "desastre económico" y con un presupuesto nacional de 21,000 millones de dólares, es obvio que el gobierno de la Democracia Cristiana podría hacer mucho más en el campo económico y social.

Entre los países intermedios, Colombia y el Perú registran déficit de las balanzas comerciales y de pagos y procesos inflacionarios comparables. Para el primero de estos países se acabó la época de los altos precios del café, estabilizado entre 1.25 y 1.40 de dólar por libra en Nueva York, lo que no es excesivamente bajo. Sin embargo, los caficultores se quejan del costo elevado del sostenimiento de la producción. El espejismo de los 3 dólares por libra del año 1975 desmoralizó al cafetero colombiano y lo acostumbró a las ganancias de un cuento de las "mil y una noches".

Hay desempleo generalizado en Colombia y el Perú. En ambos países la industria textil está en dificultades por la reducción de las exportaciones y la competencia de los telares asiáticos, principalmente de Hong Kong, Filipinas, Corea y las dos Chinas, con telas a precios reducidos.

El Pacto Andino cierra el año con perspectivas inciertas. El acuerdo subregional padece el mal de estancamiento. La tarifa arancelaria común, los planes sectoriales, son objeto de negociaciones complejas. La famosa "politización" resultó ser un embarazo para los gobiernos de la región que no están de acuerdo, en líneas generales, sobre los problemas de Centroamérica y del Caribe. El Tribunal Andino no tiene vida propia, sino en el papel.

En fin de cuenta, son las masas trabajadoras las que soportan los efectos de las malas noticias. La política social ocupa el lugar secundario que le señalan las escuelas económicas monetaristas y "desarrollistas" tan generalizadas en el continente. La crítica del keynesianismo se funda en que el gasto social es improductivo. Pero los resultados del monetarismo y del "desarrollismo" están a la vista.